

Frederic Thrasher, Gangunder

y la fascinación ambigua por las pandillas

Norberto Cambiasso

Universidad Nacional de Quilmes

The Gang: A Study of 1313 Gangs in Chicago es el título de la tesis doctoral que Frederic Milton Thrasher presentó al Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago en 1926. Su publicación al año siguiente la convertiría en el primer estudio académico sobre el tema en Estados Unidos. En aquellos años parecía natural que la ciudad de Chicago fuera a la vez artífice de su doctorado y material de su investigación. El mencionado Departamento se había transformado en el primero en su tipo en el país y lideraba la institucionalización de la sociología como disciplina académica.

La ciudad de Chicago se asumía como el laboratorio social por excelencia. En palabras de Fred Matthews era “el tipo ideal de metrópolis, la cristalización más pura del urbanismo”¹. Comprender las transformaciones estructurales en Chicago era conocer a todas las demás ciudades que estaban atravesando procesos sociales similares. Y era también otra manera de abrir una nueva perspectiva sobre la antigua cuestión que había desvelado a la sociología desde sus orígenes: el tránsito de la *Gemeinschaft* (comunidad) a la *Gesellschaft* (sociedad); el problema de una división del trabajo social que impulsaba el desarrollo civilizatorio a la vez que fragmentaba la personalidad humana. En otros términos, la ambivalencia del progreso. De ella haría su obsesión predominante Robert Ezra Park, el principal responsable académico de la tesis de Thrasher.

Ambigüedades ideológicas de los estudios urbanos

Robert Park llegó en 1914 a la Universidad de Chicago y abandonó el Departamento de Sociología al jubilarse en 1933. Por pura prepotencia de trabajo, acabaría convirtiéndose en el referente obligado de las numerosas investigaciones urbanas que dirigió o inspiró, las que con el correr de la década de 1920 sabrían concederle a su Departamento una justa fama. Dirigió todas ellas junto a otro recién llegado, Ernest W. Burgess. Buscó establecer los parámetros bajo los cuales debía discurrir cualquier investigación del comportamiento humano en un entorno urbano. Fundamentalmente, a partir de su extenso artículo programático de 1916 acerca de la ciudad: “La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en un medio urbano”.

¹ Matthews, F.: *Quest for an American Sociology: Robert E. Park and the Chicago School*, McGill-Queen’s University Press, pp. 127.

Muchos periodistas, novelistas y sociólogos de la generación de Park provenían de la pequeña burguesía pueblerina del interior de Estados Unidos. Habían crecido en un entorno nacional americano que colocaba el énfasis sobre valores individualistas y competitivos, pero en el cual las comunidades locales eran por su parte relativamente estables y preservaban algunas de las cualidades “conservadoras” propias de los contactos cara a cara. Para ellos, la democracia no equivalía al desorden ni a la desintegración: habían vivido la experiencia personal de una sociedad a la vez individualista y unificada. Muchos tenían también en sus orígenes familiares a religiosos reformados, pastores evangelistas o pequeños empresarios. Con los críticos europeos, pero también, y más hondamente, con la autóctona tradición jeffersoniana, compartían una seria inquietud: que la democracia degenerara en tiranía, tumulto y desorden si se disolvían la templanza y el autocontrol característicos de la virtud republicana y de la moral protestante.

Estas líneas de pensamiento resultaban en una acendrada desconfianza hacia las grandes ciudades, cuyo crecimiento material y demográfico ponía en riesgo los ideales de autogobierno con que identificaban una sociedad estable. Muchos asociaron esta teoría de la estabilidad democrática con una apreciación romántica de la naturaleza. Los sociólogos de Chicago, sin embargo, no eran ni panteístas, ni organicistas, ni biologicistas, ni fisiocráticos, ni siquiera románticos. Su teoría democrática se confundía con el origen de la república; en la tradición política que derivaba de Thomas Jefferson, tercer presidente de la Unión, la independencia económica, la baja densidad de población y cierta distancia social y física eran tan importantes, si no más, que la cercanía a la naturaleza o el predominio agrario: porque las tres primeras son exigencias universales, mientras que las dos últimas situaciones de hecho.

El temor a la vida moderna en las urbes condujo en el pensamiento post-jeffersoniano hacia un oscuro sendero donde se encuentran el disgusto contra el espíritu de los negocios y la competencia comercial de escritores anti-capitalistas románticos como Henry David Thoreau o Walt Whitman, hasta las alarmas de los críticos cristianos de las décadas de 1880 y 1890 frente a la eventualidad de que la fe comercial sustituyera a la religiosa, se ampliara la brecha económica entre clases sociales y las relaciones monetarias desplazaran a las solidarias. En suma, todos compartían el terror de que el dinero anónimo (ciudadano, societario) remplazara a los vínculos comunitarios cara a cara (aldeanos, vecinales), con nombres conocidos en un entorno conocido.

Esta teoría ambiental de la democracia, encarnada en un medio determinado, requería de una teoría de la personalidad humana. La psicología social de Charles Cooley, George H. Mead y William I. Thomas, con un énfasis sobrecogedor colocado en las capacidades del entorno cercano para moldear la individualidad humana, vendría a proveer esa teoría. A la vez que recrearía y vigorizaría el prejuicio propio del Medio Oeste rural, ínsito en la presuposición de una unidad psíquica perfecta, lo que llevaba a atribuir superioridad moral al hombre de campo por sobre el sofisticado (léase corrupto) habitante de las ciudades.

Desde esta perspectiva, los problemas sociales que marcan a las grandes ciudades modernas derivan de que los individuos se veían sujetos a estímulos numerosos, variados y contradictorios, propios de contactos parciales y secundarios, y por lo tanto se volvía difícil la constitución del “carácter”. La división del trabajo, y la especialización que implica, hacen de hombres y mujeres una entidad menos completa, incluso menos “sagrada”. Aquí vemos reaparecer la tradicional denuncia religiosa de los efectos perniciosos de la vida ciudadana traducida a términos seculares.

La concepción de la ciudad propia de Park no se sustrajo del todo a estas ambivalencias. Le habría costado hacerlo, dado el conjunto de sus referencias disciplinares mayores, de Georg Simmel a Thomas y a John Dewey. La fascinación territorial de Park por la metáfora espacial hizo de lo urbano un conjunto de funciones y estructuras especiales.

Una suerte de elección perceptual primaria alejaría a estos primeros sociólogos norteamericanos de las tensiones de la estructura de clases y favorecería, en cambio, una diferenciación de tipos humanos expresada en patrones menos dinámicos, más estáticos, de distribución espacial. En la conceptualización favorecida por Park, *ecológicos*. Elegido como objeto primario de la sociología (a causa de considerarlo problema social primero), “lo urbano” ocultaba cuanto desplazaba: las debilidades de la democracia (paradójicamente, y en primer lugar, las de la democracia municipal, ciudadana) y la colusión de patrones y sindicatos (con ausencia del Estado) en el sistema industrial capitalista en Estados Unidos. Dos tópicos sobre los cuales gira una de los mejores policiales negros de la época (*Cosecha Roja*, 1929, primera novela de Dashiell Hammett) y dos tópicos sobre los cuales ni Park ni siquiera Thrasher tendrían demasiado para decir.

No hay duda de que las simpatías de Park, si bien no necesariamente su admiración, estaban con el urbanita. Pero no es menos cierto que su obsesión con el exotismo de determinadas conductas urbanas trasuntaba una ambivalencia acerca del progreso y su producto último tornado motor primero: la ciudad. Las personas completamente urbanizadas eran a sus ojos una caricatura: un subproducto de la hiperespecialización, no seres humanos completamente desarrollados. La división del trabajo era esencial a la civilización pero a un costo enorme: la fragmentación de la personalidad humana.

Dicho esto, debemos aclarar que los de Chicago se interesaron sobremanera por las manifestaciones múltiples del conflicto social. Allí están para atestiguarlo sus investigaciones sobre zonas de la personalidad y la sociedad humanas que encontraban oscuras o delictuosas, o cuya anomalía requería de una investigación que procurara al sociólogo principios explicativos circunstanciados: las pandillas (*The Gang* [1927] de Frederick Thrasher), las carreras individuales de delincuentes (en las obras de Clifford Shaw y Henry McKay), los *homeless* (*The Hobo* [1923] de Nels Anderson), la criminalidad de los bajos fondos y las adicciones en todas sus formas (*Vice in Chicago* [1933] de Walter Reckless), los barrios bajos, la zonificación social y racialista, el ghetto (*The Ghetto* [1928] de Louis Wirth), el suicidio (*Suicide: A Study in Personal Disorganization* [1928] de Ruth Cavan), las huelgas (*The Strike: A Study in Collective Action* [1928] de E. T. Hiller), las sectas religiosas y hasta las revoluciones políticas (*The*

Natural History of the Revolution [1927] de Lyford Edwards). Todos estos estudios empíricos fueron publicados por la Universidad de Chicago; el propio Park prologó la mayoría de ellos.

La teoría de Park: el dualismo entre orden ecológico y orden moral

La teoría de Park fue transicional. En buena medida retenía el esquema evolucionista de la generación anterior e interpretaba la historia humana como el pasaje de lo simple a lo complejo, de lo rural a lo urbano, de lo estático a lo dinámico: En su vocabulario favorito: de lo sagrado a lo secular. Una combinación ecléctica del acento spenceriano en la complejidad y diferenciación creciente con la oposición clásica del alemán Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*. Si bien creía inevitable el progreso, le faltó el optimismo de sus predecesores acerca de la pluralidad de sus consecuencias beneficiosas. Tampoco compartía, sin embargo, las lamentaciones nostálgicas por un pasado dorado (e imaginario) propias de los enemigos de las metrópolis.

Había en él una fascinación ambigua por los procesos de urbanización que se reflejaba en su célebre dualismo entre un *orden ecológico* (o *biótico*) y un orden moral (o *cultural*). Park se había inspirado en Dewey, para quien la naturaleza del hombre era esencialmente asociativa y, en la medida en que la especie humana se volviera consciente, a través de la experiencia, de esa naturaleza básica, alcanzaría un orden moral que en el filósofo pragmatista se suele identificar con la *comunidad*—en un sentido por completo opuesto al de Tönnies. Pero según Park, las relaciones sociales no se agotaban en ese orden moral; funcionaba otro, complementario pero independiente, producto de la competencia y cuyos efectos remitían a un tipo de simbiosis observable ya en las colectividades de plantas y animales: el orden biótico o ecológico.

Hasta cierto punto, tendía a considerar la competencia, propia del orden ecológico, como principio de individuación. Producto de la división social del trabajo en el seno del capitalismo, los individuos entablan relaciones competitivas que los obligan a ajustarse a la estructura ocupacional. Prosiguen sus vocaciones, intereses y predilecciones lo mejor que pueden mientras se adaptan a las circunstancias externas. La competencia económica, en la medida en que abandona a personas y grupos a merced de su propia iniciativa individualista, mal puede predisponerlos hacia algún tipo de acción colectiva.

La comunicación, en cambio, asumía el rol de principio de socialización. Determinaba aquellas relaciones de las que podemos predicar un carácter más íntimo y personal. Obliga a tomar en consideración no sólo nuestros caprichos, sino también las necesidades e intereses de los demás. Con esto, Park se separaba irremisiblemente del holismo que Cooley y Dewey defendían a rajatabla. La contraposición entre ambos principios restauraba el dualismo entre individuo y sociedad que tanto se habían empeñado en cerrar los pragmatistas.

El francés Émile Durkheim encontraría divertida la inferencia que de esta asimetría derivaba Park: una brecha cultural que expresa la mayoría de los problemas políticos del presente; las vicisitudes de los inmigrantes para integrarse a la sociedad norteamericana; la pérdida de funciones de control (o de eficacia en ese control) por

parte de la familia, la iglesia y la escuela; la individuación desviada a través de comportamientos delincuentes y criminales; la transición de relaciones auténticamente primarias (familia y vecindad) hacia formas sustitutas de contacto personal como las pandillas juveniles; y el menoscabo de la capacidad representativa del gobierno democrático ante su dificultad para hacer coincidir la legislación con los *mores*.

De manera recurrente Park explica estos procesos como un fracaso del modelo de sustitución de funciones del grupo primario. La magnitud de este fracaso constituye, para los de Chicago, la fuente de una desorganización social que se verifica por doquier en los Estados Unidos de los años 20. En términos más explícitos: el debilitamiento de los lazos primarios bajo las nuevas condiciones del desarrollo socio-histórico da lugar al crecimiento del conflicto. Los procesos de individualización son buenos siempre y cuando no concluyan en la atomización de la sociedad. Dicho de otro modo, siempre y cuando un orden moral nuevo no contradiga al orden ecológico; siempre y cuando la cultura no se vuelva antinatural. Toda asociación que no se derive del grupo primario, o que no coexista en armonía con él, es potencialmente peligrosa. Tipos sociales como el pandillero y el vagabundo son, a sus ojos, más o menos simpáticos en la medida en que su extensión no los ponga en el camino de la carrera criminal o de la homosexualidad. Una dosis de conflicto es permisible si existen instancias de control que impidan su generalización. Pero son justamente esas instancias las que se echan en falta en la sociedad contemporánea.

West Side Story

La investigación clásica de Thrasher sobre las pandillas replica este esquema a la perfección. La delincuencia juvenil en general, y las pandillas en especial, son producto de un entorno urbano específico más que de cualquier predisposición étnica o individual, como se creía en la época. Aparecen en áreas intersticiales de la ciudad, en los *slums* (los barrios bajos o villa miserias) sometidos a altas tasas de transitoriedad residencial, migraciones sucesivas, miseria y resquebrajamiento de los controles comunitarios.

Es por ello que Thrasher afirma que las pandillas son un modo de escapar a la monotonía del *slum* y vienen a llenar el hueco que ha dejado la desaparición de los controles primarios. Son una consecuencia ‘invertida’ de la desorganización familiar, la pérdida autoridad y eficacia de las sanciones tradicionales (como la iglesia y la escuela), la falta de oportunidades a nivel recreativo. Frente a ello, las pandillas funcionan como sustitutos, si bien desviados, de los grupos primarios de antaño. Son instituciones vicarias. Ellas mismas conforman grupos primarios (tal vez la única diferencia con el texto que presentamos aquí, de 1925, en donde todavía tendía a considerarlas, seguramente influido por Gustave Le Bon y Georges Sorel, como una manifestación del comportamiento colectivo de la multitud), un mecanismo de defensa contra la desintegración de la personalidad en los *slums*, un modo creativo de responder al aislamiento de las comunidades de inmigrantes en América.

Según Thrasher, el personal, el recurso y material humano de las pandillas desperdigadas en las distintas áreas de Chicago son hijos de inmigrantes, guiados por el

deseo de nuevas experiencias (uno de los cuatro deseos de Thomas), debido al fracaso o impotencia de esas mismas familias para controlar a sus hijos. Y esta población políglota constituía por entonces tres cuartas parte de los habitantes de la ciudad.

Por último, hay en Thrasher una ambigüedad, tan propia de los de Chicago, en su acercamiento como observador participante a su objeto de estudio. Si bien admite que las pandillas pueden ser el germen del crimen organizado, su temperamento reformista resalta que no son inherentemente malas.

“Aun así, la pandilla no carece por completo de habilidad para organizar los intereses del chico. Con mucha frecuencia hace justamente eso por él porque cuenta con alguna clase de programa que involucra varias actividades con las cuales sus miembros se relacionan. De esa manera el chico se convierte en *alguien*, tiene un rol en el grupo y participa de esas proezas grupales. El punto, no obstante, es que estas actividades de la pandilla usualmente representan empresas inútiles y con frecuencia desastrosas, que en última instancia no significan nada ni para el desarrollo personal del chico ni para el bien de la comunidad”²

Si se toman las medidas adecuadas, pueden ser asimiladas a la corriente principal de la vida americana. Se trata de canalizar las conductas desviadas y conflictivas a través de organizaciones y cauces institucionalizados, como los clubes atléticos o las organizaciones de boy-scouts. Y acompañarlas con una reorganización integral de la comunidad de inmigrantes en su conjunto. Una preocupación por limitar el conflicto que caracterizará a la sociología norteamericana posterior. En esto coincide parcialmente con la aureola progresivista que pugnaba por sobrevivir en medio de la desilusión posterior a la Primera Guerra Mundial. Aun cuando los de Chicago desconfiaran, con buen tino, del exceso de controles burocráticos que las vocaciones reformistas solían promover. Un romanticismo pero de nuevo cuño, sin duda heredado del propio Park, que confirma la relatividad, variedad y sustancial fragilidad de la existencia humana.

² Thrasher, F.: *The Gang*, The University of Chicago Press, 1942, pp. 529